

BOLETIN

DE LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA

La INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA es completamente ajena á todo espíritu é interés de comunión religiosa, escuela filosófica ó partido político; proclamando tan solo el principio de la libertad é inviolabilidad de la ciencia, y de la consiguiente independencia de su indagación y exposición respecto de cualquiera otra autoridad que la de la propia conciencia del Profesor, único responsable de sus doctrinas.—(Art. 15 de los Estatutos.)

Hotel de la *Institución*.—Paseo del Obelisco, 8.

El BOLETIN, órgano oficial de la *Institución*, publicación científica, literaria, pedagógica y de cultura general, es la más barata de las españolas, y aspira á ser la más variada.—Suscripción anual: para el público, 10 pesetas: para los accionistas y maestros, 5.—Extranjero y América, 20.—Número suelto, 0,50. Se publica dos veces al mes.

Pago, en libranzas de fácil cobro. Si la *Institución* gira á los suscritores, recarga una peseta al importe de la suscripción.—Véase siempre la «Correspondencia».

AÑO XVI.

MADRID 31 DE OCTUBRE DE 1892.

NÚM. 377.

SUMARIO.

PEDAGOGÍA.

La educación de la mujer, por *doña C. Arenal*.—Introducción á la pedagogía, por el *Dr. B. Machado*.

ENCICLOPEDIA.

Un problema de derecho aragonés, por *D. J. Costa*.

INSTITUCIÓN.

Libros recibidos.

PEDAGOGÍA.

LA EDUCACIÓN DE LA MUJER

por *Doña Concepción Arenal* (1).

1.º *Relaciones y diferencias entre la educación de la mujer y la del hombre.*

Nos fijaremos bien en la diferencia que hay entre *educación* é *instrucción*. Un hombre puede ser muy instruído, y estar muy mal educado, y estar muy bien educado, y no ser muy instruído.

Esto nos indica, que si la educación no debe prescindir de la inteligencia, no se dirige exclusivamente á ella, sino á todas las facultades que constituyen el hombre moral y social; á los impulsos perturbadores para contenerlos, á los armónicos para fortificarlos, á la conciencia para el cumplimiento del deber, á la dignidad para reclamar el derecho, á la bondad para que no se apure contra los desventurados. La educación procura formar el carácter, hacer del *sujeto* una *persona*, con cualidades *esenciales generales*, de que no podrá prescindir *nunca* y necesitará siempre si ha de ser como debe. Al educador del joven no le

importa saber si el educando será un día militar ó magistrado, ingeniero ó albañil; su misión es formar un hombre recto, firme y benévolo, y que lo sea constantemente en la posición social que le deparé la suerte ó él se conquiste; cualquiera que sea, su firmeza, su rectitud y su benevolencia son indispensables, si ha de conducirse bien, al frente de un regimiento, ó presidiendo un tribunal. Los accidentes, las exterioridades, las apariencias, podrán variar, pero las condiciones esenciales que la educación perfecciona, son las mismas, cualquiera que sea la posición social del que las tiene.

Cuando estas condiciones esenciales son deficientes en alto grado, se ven grandes señores, ricos capitalistas, hombres inteligentes é instruídos, de los cuales se burlan gente ignorante y hasta los criados que los desprecian por su falta de carácter; no es raro que este desprecio se convierta en dominio más ó menos ostensible, y que hombres muy medianos manejen al que les es infinitamente superior, por la posición social y por la ciencia, pero al que falta carácter, personalidad, aquello que es esencial para todo hombre, que la educación debe fortalecer y que no da el conocimiento de los astros ni de los microbios.

Si la educación es un medio de perfeccionar moral y socialmente al educando; si contribuye á que cumpla mejor su deber, tenga más dignidad y sea más benévolo; si procura fortalecer cualidades esenciales, generales siempre, aplicables cualquiera que sea la condición y circunstancias de la persona que forma y dignifica; y si la mujer tiene deberes que cumplir, derechos que reclamar, benevolencia que ejercer, nos parece que entre su educación y la del hombre no debe haber *diferencias*.

(1) Ponencia presentada al Congreso Pedagógico (Sección 5.ª)

Si alguna diferencia hubiere, no en *calidad* sino en *cantidad* de educación, debiera hacer más completa la de la mujer, porque la necesita más. No entraremos aquí en la cuestión de si tiene *inferioridades*; pero es evidente que tiene *desventajas naturales*, y agregando á estas las sociales que, aunque no son tantas como eran, son todavía muchas, resulta que, si no ha de sucumbir moralmente bajo el peso de la existencia, si no ha de ir á perderse en la frivolidad, en la esclavitud, en la prostitución, en tanto género de prostituciones como la amenazan y la halagan, necesita mucha virtud, es decir, mucha fuerza, mucho carácter, mucha personalidad. La mujer, para ser persona, ha menester hoy, y probablemente siempre (porque hay condiciones naturales que no pueden cambiarse), para tener personalidad, decimos, necesita ser *más persona* que el hombre y una educación que contribuya á que conozca y cumpla su deber, á que conozca y reclame su derecho, á dignificar su existencia y dilatar sus afectos para que traspasen los límites del hogar doméstico, y llame *suyos* á todos los débiles que piden justicia ó imploran consuelo.

Esto no es pedir una cosa imposible, puesto que hay mujeres de estas en todos los pueblos civilizados, y en los más cultos, muchas. La educación de la mujer tiene un gran punto de apoyo en su fuerza moral, que es grande, puesto que, en peores condiciones, resiste más á todo género de concupiscencias é impulsos criminales. Verdad es que esto lo niegan algunos autores, pero sin probar la negativa, porque no es prueba la prostitución, cuya culpa echan toda sobre las mujeres, como si no fuera mayor la de los hombres, por muchas causas que no debemos aquí analizar, ni aun enumerar.

La fuerza moral de la mujer se revela en la mucha necesaria para el cumplimiento de sus deberes, que exigen una serie de esfuerzos continuos, más veces desdeñados que auxiliados por los mismos que los utilizan. Cuando el hombre cumple un deber difícil, recibe aplauso por su virtud; los de las mujeres se ignoran: sin más impulso que el corazón, sin más aplauso que el de la conciencia, se quedan en el hogar, donde el mundo no penetra más que para infamar; si hay allí sacrificio, abnegación

sublime, constancia heroica, pasa de largo; sólo entra cuando hay escándalo.

Se alega que la *frivolidad natural* de la mujer es un obstáculo insuperable para darle una personalidad sólida, grave, firme.

Confesemos humilde y razonablemente que *todo* lo que decimos *todos* respecto á la mujer, debe tomarse, hasta cierto punto, á beneficio de inventario, es decir, á rectificar por el tiempo; porque después de lo que han hecho los hombres con sus costumbres, sus leyes, sus tiranías, sus debilidades, sus contradicciones, sus infamias y sus idolatrías, ¿quién sabe lo que es la mujer, ni menos lo que será? Su frivolidad es natural, dicen, pero la afirmación parece más fácil que la prueba. De todos modos, no por eso debe dejar de combatirse; natural es el robo y se pena; las cosas se califican por buenas ó por malas, y la mayor propensión á estas, sólo indica la necesidad de medios más enérgicos para corregirlas. Pero, hay que repetirlo, el natural de la mujer ha venido á ser un laberinto cuyo hilo no tenemos.

Lo que se ha dicho de la vanidad, que se coloca *donde puede*, es aplicable á otros defectos: la actividad de la mujer, imposibilitada de emplearse en cosas grandes, se emplea en las pequeñas, sin que tal vez estas tengan para ella un atractivo especial; juzgando por el resultado, se hace *subjetivo* lo que es *objetivo*, y no se ve que lo pueril no está exclusivamente en la *cosa* que halaga la vanidad, sino en la vanidad misma, que puede ser tan frívola buscando aplausos para un discurso en el Parlamento, como para un rico traje de última moda. No hemos asistido (ya se comprende) á ninguna recepción de Palacio; pero hemos visto á veces en la calle á los que á ellas iban, y bajo el punto de vista de la frivolidad, no nos parecía que hubiese diferencia esencial entre las bandas, las cruces, y los bordados de los hombres, y los encajes, las cintas y las flores de las mujeres.

Dejando al tiempo que resuelva las cosas dudosas, lo que nos parece cierto es que los esfuerzos deben dirigirse á satisfacer las necesidades más apremiantes, y que la más apremiante necesidad de hoy, para el hombre como para la mujer, es la educación, que forma su carácter, que los convierte en persona. La persona no tiene

sexo: es el cumplimiento del deber, sea el que quiera; la reclamación de un derecho, sea el que fuere; la dignidad, que puede tenerse en todas las situaciones; la benevolencia, que, si está en el ánimo, halla siempre medio de manifestarse de algún modo.

Pensamos por lo tanto:

Que la educación debe ser la misma para el hombre que para la mujer;

Que es más urgente aún respecto á la mujer, porque siendo para ella la personalidad más necesaria, está más combatida por las leyes y por las costumbres;

Que la falta de personalidad es un obstáculo para su instrucción y, adquirida, para que la utilice;

Que, por más que se ilustre, si no se educa, si no tiene gravedad y dignidad, si no es un carácter, una persona, aun los que sepan mucho menos que ella, procurarán y hasta lograrán hacerla pasar por marisabidilla;

Que no hay más que un medio de que las mujeres sean respetadas, y es que sean respetables: lo cual no se conseguirá con sólo tener instrucción, si no tienen carácter. Hay momentos y países en que la cuestión, como suelen serlo las sociales, es circular; á la mujer no se la respeta porque no es respetable, y no es respetable porque no se la respeta. Cuando esto sucede, es difícil, pero no imposible, que la mujer se blinde, por decirlo así, con una sólida personalidad; pero si lo consigue, ha de dar por bien empleado el trabajo que le costó, y sabrá cuánto vale tener en sí *algo* que no esté á merced de *nadie*.

Como en nuestra opinión, no debe haber diferencias esenciales entre la educación del hombre y de la mujer, las relaciones en la esfera educadora han de ser necesariamente armónicas.

2.º *Medios de organizar un buen sistema de educación femenina y grados que ésta debe comprender. Cómo pueden utilizarse los organismos que actualmente la representan en punto á cultura general.*

Dados los pocos recursos pecuniarios é intelectuales con que cuenta la educación de la mujer y la indiferencia, si no la prevención, desfavorable con que el público

la mira, sería en vano pedir fondos para crear muchas y bien organizadas escuelas; lo único práctico nos parece introducir en las actuales algunas modificaciones, ó siquiera la idea de que, si es preciso instruir á la mujer, no es menos necesario educarla, para que moralmente sea una persona y socialmente un miembro útil de la sociedad.

Ya se concede que hay que educar á la mujer lo necesario para que sea buena esposa y buena madre. Y ¿cuál es lo necesario para eso? No está bien determinado y aparece con la vaguedad de las cosas que no se ven claramente, ni pueden verse, porque no tienen existencia real. En efecto, la buena esposa y la buena madre es una ilusión, si se prescinde de la *buen persona*; y la buena persona es ilusoria, si se prescinde de la personalidad.

Es un error grave, y de los más perjudiciales, inculcar á la mujer que su misión única es la de esposa y madre; equivale á decirle que por sí no puede ser nada, y aniquilar en ella su *yo* moral é intelectual, preparándola con absurdos deprimentes á la gran lucha de la vida, lucha que no suprimen, antes la hacen más terrible, los mismos que la privan de fuerzas para sostenerla; cualquiera habrá notado que los que menos consideran á las mujeres, son los que más se oponen á que se las ponga en condiciones de ser personas; y es natural.

Lo primero que necesita la mujer, es afirmar su personalidad, independiente de su estado, y persuadirse de que, soltera, casada ó viuda, tiene deberes que cumplir, derechos que reclamar, dignidad que no depende de nadie, un trabajo que realizar, é idea de que es una cosa seria, grave, la vida, y que si la toma como juego, ella será indefectiblemente juguete. Dadme una mujer que tenga estas condiciones, y os daré una buena esposa y una buena madre, que no lo será sin ellas. Cuánta falta le harán, y á sus hijos, si se queda viuda. Y, si permanece soltera, puede ser muy útil, mucho, á la sociedad, hartamente necesitada de personas que contribuyan á mejorarla, aunque no contribuyan á la conservación de la especie. La falta de personalidad en la mujer esteriliza grandes cualidades de miles de solteras ó viudas; y no es poco el daño que de su falta de acción benéfica resulta.

Los que dirigen, auxilian ó influyen en

los establecimientos de enseñanza de la mujer deberían procurar que su educación concurriera eficazmente á formar su carácter, no contentándose con que saliesen de la escuela alumnas instruídas, sino aspirando al mismo tiempo á que fueran personas formales.

Convendría inculcar repetidamente la obligación del trabajo, tarea perseverante, útil, reproductiva, y no frívolo pasatiempo; del trabajo que dignifica, contribuye á la felicidad, consuela en la desgracia y es un deber que, cumplido, facilita el cumplimiento de todos los otros. Con decir esto, no se dirá nada nuevo, pero se recordará mucho olvidado, y más no practicado en un país en que, respecto á las mujeres de las clases bien acomodadas, no se tiene generalmente idea de que deben trabajar, porque no necesitan *ganarse la vida*. Prescindamos, que no es poco prescindir, de que estos propósitos de holganza van unidos á los proyectos de que la vida la ganará un marido que no viene, ó que hubiera sido mejor que no viniese. ¿La vida se reduce á comer? Todo el que no tenga de ella tan bajo concepto, comprenderá que la vida que no sea solamente material, y con riesgo de ser brutal, la vida de la conciencia, de la inteligencia, del corazón, no puede ser obra del trabajo de otro, y tiene que *ganársela uno mismo*.

«El que no trabaja, que no coma», ha dicho San Pablo. Muchos comen que no trabajan, pero ninguno que no trabaja es persona; es *cosa*, que anda descalza ó en coche, cubierta de galas ó de andrajos, pero *cosa siempre*. La persona es una actividad consciente y útil; todo lo demás son cosas, que según las circunstancias podrán ser más ó menos perjudiciales, pero que lo son siempre para sí y para los demás, porque en el combate de la vida no hay neutralidad posible, hay que decidirse por el bien ó por el mal.

Contribuiría mucho á formar el carácter serio de la mujer y consolidar su personalidad, el que se interesara y tomase parte activa en las cuestiones sociales. ¡Cómo! ¡Meterse ella en el intrincado laberinto de la oferta y la demanda, de la concurrencia y el proteccionismo y el libre-cambio, de las relaciones del trabajo y el capital, etc.!

No es necesario que entre en estas cues-

tiones, ó que entre *todavía*; pero todas ellas tienen una fase muy sencilla que no necesita estudiarse, y que basta con sentirla: esta fase es el dolor sin culpa y ¡ay! casi siempre sin consuelo. ¿Quién más que la mujer puede y debe darlo?

Los hombres que han calificado el sexo de piadoso no llevarán á mal, antes deben aplaudir, que tenga piedad de los que sufren y procure consolarlos.

Hay una huelga: los patronos ven exigencias injustas de los obreros; estos, tiranía cruel de los patronos; las autoridades, una cuestión de orden público; los egoístas indiferentes, un tumulto que turba su sosiego; brotan odios, injurias, calumnias, abusos de la fuerza, excesos iracundos de la debilidad desesperada. ¿Y no hay más que eso? Sí; esos miles de hombres, que resuelven no trabajar para mejorar las condiciones del trabajo, tienen miles de hijos que carecen de pan desde el momento que su padre no gana jornal, y en su miserable vivienda está la fase más terrible de la cuestión: el sufrimiento de los inocentes, porque los niños lo son, tengan ó no culpa los padres. Lo más terrible de las huelgas (donde no hay fuertes cajas de resistencia, como sucede en España) no está en los tumultos de las calles y de las plazas; está en casa del obrero, donde la miseria tortura é inmola sin ruido, porque el llanto de las débiles criaturas no se oye. La mujer debe oírlo, debe resonar en su corazón; y la huelga, signifique para los hombres lo que signifique, razón ó absurdo, justicia ó iniquidad, será para ella *dolor inmerecido*. ¿Y no le llevará algún consuelo?

En todo problema social hay una fase dolorida; y suponiendo que sea la única que puede entender la mujer, tiene por desgracia bastante extensión para ocupar su actividad bienhechora. Todo el bien que en este sentido haga se convertirá en un medio de perfección.

Nada hay más propio para dar gravedad al carácter y consistencia á la personalidad, que la contemplación compasiva de tantos dolores como entraña esa cuestión de cuestiones que se llama la *cuestión social*.

Cuando se sabe lo que pasa en las prisiones, en los hospitales, en los manicomios, en los hospicios, en las inclusas; cuando se ven miles de niños preparándose al vicio y

al crimen en la mendicidad, y cruelmente maltratados si no llevan el mínimo de limosna que sus verdugos le exigen; cuando se compara el precio de las habitaciones y de los comestibles con el de los jornales, que tantas veces faltan; cuando se considera este cúmulo abrumador de dolores que no se consuelan, de males á que no se busca remedio, ocurre preguntar: ¿Adónde están las mujeres?

Algunas están donde deben, pero son pocas, tan pocas, que su actividad benéfica se pierde en la inercia general. ¿Por qué así? Por muchas causas que aquí no podemos analizar ni enumerar siquiera, limitándonos á comprobar el hecho, de una desdichada evidencia.

No lo condenamos en nombre de ideas atrevidas, ni de novedades peligrosas; no se trata de cuestiones intrincadas, de problemas difíciles, de derechos controvertidos, de aptitudes dudosas; se trata de practicar las obras de misericordia, ni más ni menos.

Esta práctica, que no debe ser alarmante aun para los que son hostiles á la ilustración de la mujer, contribuiría eficazmente á su educación, como lo prueba la experiencia en los países en que las mujeres, tomando gran parte, y muy activa, en las obras benéficas, fortalecen en este trabajo piadoso altas dotes, que sin él se debilitarían, y ennoblecen y consolidan su carácter.

No podemos tratar aquí de cuánto influiría para el bien en las cuestiones sociales, el que la mujer tomase parte en ellas consolando los dolores que son su causa ó su consecuencia; debemos limitarnos á decir y repetir que la desgracia que se conoce, se compadece y consuela, enseña, eleva y fortalece mucho; es decir, que es un grande elemento de educación.

3.º *Aptitud de la mujer para la enseñanza. Esferas á que debe extenderse.*

La mujer es paciente, afectuosa, insinuante; no le falta perspicacia; si convenientemente se la educa é instruye, comprenderá y aun adivinará; si el discípulo atiende, se distrae ó se cansa, hasta donde entiende, procurará medios de que aprenda lo que es capaz de aprender; es decir, que

consideramos á la mujer con aptitud para la enseñanza.

¿Hasta dónde deberá enseñar? Hasta donde sepa; su esfera de acción pedagógica debe coincidir exactamente con su esfera moral é intelectual; y aún creemos que las cosas que sepa *tan bien* como el hombre, las enseñará *mejor* que él.

4.º *Aptitud de la mujer para las demás profesiones y límites que conviene fijar en este punto.*

A un Congreso Pedagógico, no se puede mandar un libro para que le discuta; las sesiones son pocas, los asuntos muchos, la discusión está absolutamente limitada por el tiempo, todo lo cual impone la necesidad de un laconismo más propio para dar definiciones de lo que se sabe ó se cree saber, que para explicarlo. Por otra parte, la ilustración de los congresistas suple las explicaciones que no necesitan; con indicaciones basta.

Los Padres de aquel Concilio, que suscitaban la duda de si la mujer tenía alma, no sospechaban que en la guerra separatista de los Estados-Unidos de América, cuando los federales mal dirigidos estaban en una situación muy comprometida, los sacó de ella y les dió el triunfo el plan de campaña de una mujer (1), que adoptaron los hombres, aunque ocultando su origen femenino para no desacreditarlo. Tampoco los susodichos Padres hubieran imaginado que en la Exposición de Chicago, para las grandes construcciones de la Exposición femenina, veinticuatro arquitectas habían de presentar planos, *muchos notables, todos buenos* (dice un periódico profesional inglés redactado por hombres); ni que en el tercer Congreso de Antropología criminal que acaba de celebrarse en Bruselas, su vicepresidente, al hacer el resumen de los trabajos, dijera: «Madama Tarnowsky, en un concienzudo estudio de los órganos de los sentidos en las mujeres criminales, nos ha demostrado que sabe aplicar con toda exactitud los principios de la *experimentación* (2) fisiológica más ardua; séame permitido felicitarla y darle gracias por haber venido á nues-

(1) Miss Anna Ella Carrol.

(2) No encontramos palabra castellana.

«tra reunión, y presentarla como ejemplo á sus colegas del sexo fuerte.»

Hay todavía gentes que casi están á la altura de los Padres aludidos; por otra parte, el mundo intelectual de la mujer puede decirse que es un nuevo mundo, vislumbrado más que visto, donde cualquiera que sepa mirar, comprende que hay mucho que ver, pero donde todavía se ha visto poco.

Por de pronto, y para la práctica, podrían bastar algunos breves razonamientos.

¿Todos los hombres tienen aptitud para toda clase de profesiones?

Suponemos que no habrá nadie que responda afirmativamente.

¿Algunas mujeres tienen aptitud para algunas profesiones?

La respuesta no puede ser negativa, sino negándose á la evidencia de los hechos.

¿El hombre más inepto es superior á la mujer más inteligente?

¿Quién se atreve á responder que sí? Resulta pues de los hechos que hay hombres, no se sabe cuántos, ineptos para ciertas profesiones, mujeres, no se sabe cuántas, aptas para esas mismas profesiones, y si al hombre apto no se le prohíbe el ejercicio de una profesión porque hay algunos ineptos, ¿por qué no se ha de hacer lo mismo con la mujer? ¿Se dirá que la ineptitud es en ella más general? Aunque esto se probara, no se razonaría la opinión, ni se justificaría el hecho de vedar el ejercicio de las facultades intelectuales al que las tenga. Supongamos que no hay en España más que una mujer capaz de aprender medicina, ingeniería, farmacia, etc. Esa mujer tiene tanto derecho á ejercer esas profesiones, como si hubiese diez mil á su altura intelectual: porque el derecho, ni se suma ni se multiplica, ni se divide; está *todo* en todos y *cada uno* de los que lo tienen, y entre las aberraciones jurídicas no se ha visto la de negar el ejercicio de un derecho porque sea corto el número de los que puedan ó quisieran ejercitarle.

El médico, *como hombre*, ¿tiene derecho á ejercer su profesión? ¿Se le autoriza para ejercerla en virtud de su sexo, ó de su ciencia? ¿Qué se pensaría del que sin haber estudiado quisiera recetar ú operar y dijese al enfermo «yo no sé medicina, ni cirugía, pero le curaré á usted porque soy hombre?»

Se pensaría en enviarle á un manicomio, y si el hombre, no por serlo, sino por lo que sabe, puede ejercer una profesión, á la mujer que sepa lo mismo que él ¿no le asistirá igual derecho?

No creemos que pueden fijarse límites á la aptitud de la mujer, ni excluirla *a priori* de ninguna profesión, como no sea la de las armas, que repugna á su naturaleza, y ojalá que repugnara á la del hombre! Sólo el tiempo puede fijar esos límites, que en el nuestro se han dilatado tanto en algunos países.

Decíamos más arriba que, para la *práctica*, podrían bastar algunos breves razonamientos; debemos decir más bien *para las necesidades del discurso*, porque la práctica ofrece obstáculos de todo género que no se vencen con razones. Las leyes, la opinión de los hombres, la que muchas mujeres tienen de sí mismas, el no hallarse con bastante fuerza (se necesita mucha) para luchar con la desaprobación y con el ridículo, con resistencias de afuera y de casa: todo contribuye á limitar la esfera de acción intelectual de la mujer, á limitarla de hecho, aunque en teoría no se le pongan límites.

No se crea por lo dicho que en los establecimientos exclusivos para la enseñanza de la mujer deseamos que haya cátedras de metafísica, filosofía del derecho y cálculo infinitesimal. Todo lo contrario; quisiéramos que esta enseñanza fuese encaminada á facilitar y perfeccionar la práctica de profesiones fáciles, de artes y oficios lucrativos, de que hoy están excluidas las mujeres, y lo quisiéramos por muchas razones.

1.^a Porque hoy, aunque no se exprese así, la enseñanza de la mujer viene á ser la enseñanza *de la señorita*; y debe procurarse que todas las clases participen de los beneficios del saber, cada una en la medida y dirección que le conviene.

2.^a Porque en todo es regla de razón empezar por lo más fácil; y es más fácil preparar una joven para que sea relojera, pintora de loza, telegrafista, tenedora de libros, etc., etc., que enseñarle ingeniería ó medicina.

3.^a Porque viendo que los establecimientos de enseñanza de la mujer dan resultados de esos que se llaman *prácticos*; que proporcionan medios de vivir y de

amparar á su familia á muchas jóvenes que hubieran sido una carga sin la instrucción recibida, esto contribuirá muy eficazmente á conquistar la opinión pública en favor de la enseñanza de la mujer.

4.^a Porque, esta dirección encaminada á facilitar y perfeccionar las profesiones fáciles y los oficios y artes de aplicación, contribuiría á combatir muchas preocupaciones respecto á los trabajos que pueden ó no hacerse decorosamente.

5.^a Porque, vistos los resultados que dan los Institutos de 2.^a enseñanza, debe evitarse que tengan ninguna semejanza con ellos los establecimientos para la instrucción de la mujer.

¿Y donde podrá adquirir la mujer los conocimientos especiales y superiores para esas profesiones cuyo ejercicio no hay derecho á negarle? Muchos de esos conocimientos, muchos más de lo que se cree, puede adquirirlos en su casa, porque es con frecuencia bastante ilusorio el auxilio que presta un profesor, cuando no sabe mucho, ni tiene buen método, ó, aunque lo tenga y sepa, se dirige más que á discípulos á *oyentes* (cuando atienden), por ser tanto su número que no es posible individualizar, ni enseñar á estudiar, y el profesor poco más puede hacer, si lo hace, que un libro sobre el mismo asunto que con atención, sosiego y economía de tiempo se leyera en casa. Además, consultando á personas competentes, se puede estudiar en los libros mejores; si las circunstancias favorecen, se puede buscar un maestro que enseñe; mientras que, catedrático, hay que tomar el que dan, que no siempre es el mejor.

Con la enseñanza privada, sin más intervención oficial que los exámenes, hay ahora facilidades para que las mujeres puedan hacer estudios superiores; respecto á las que exigen la asistencia á los establecimientos públicos, esperamos que los hombres se irán civilizando lo bastante para tener orden y compostura en las clases á que asistan mujeres, como la tienen en los templos, en los teatros, en todas las reuniones honestas, donde hay personas de los dos sexos.

¡Sería fuerte cosa que los señoritos respetasen á las mujeres que van á los toros y faltaran á las que entran en las aulas!

5.^o *La educación física de la mujer.*

Donde, como acontece en España, la educación física del hombre está descuidada, la de la mujer ha de estarlo más, y tanto, que respecto á ella no hay sólo descuido, sino dirección torcida.

Las mujeres del pueblo se debilitan por exceso de trabajo, las señoras por exceso de inacción, y los que sin salir de la errónea rutina aspiran á que sean buenas madres, no lo consiguen ni aun bajo el punto de vista fisiológico.

Las mujeres del pueblo, que se debilitan por exceso de trabajo, son las que trabajan en el campo, en las minas, machacando piedra, etc., etc.

Hay otros trabajos que no parecen excesivos, porque no exigen gran esfuerzo muscular, y suelen ser los más enervantes y fatales á la salud, ya porque obligan á una vida sedentaria, ya porque la trabajadora, encerrada en su estrecha vivienda ó en una fábrica, no tiene siquiera la compensación de respirar aire puro como la mujer de los campos. La miseria estrecha tan de cerca á la trabajadora sedentaria, le impone condiciones tan terribles en la hora presente, que al educador le es más fácil enseñar cómo la falta de higiene acaba con su vida, que evitar que la aniquile y la mate. Esto, hoy.

¿Y mañana? Mañana podría comprenderse el absurdo de que los hombres aprendan un oficio y las mujeres no; ellas que, con menos fuerza muscular, necesitan, y pueden suplirla con la destreza, y por falta de educación industrial están condenadas á ser siempre *bracevas*.

La educación física de la mujer del pueblo no puede intentarse sin hacer su trabajo más productivo, por medio de su instrucción industrial y de su mayor consideración social: porque debe notarse que á veces la misma obra, y aun *mayor*, se paga *menos* porque es una mujer la que la hace. El difícil remedio de este grave mal es asunto de discusión pedagógica, en cuanto la dignificación de la mujer de una clase influye indirectamente en el bien de todas, y porque la instrucción en general, y la industrial en particular, contribuiría á que la mujer, menos abrumada por la miseria, pudiese tener higiene y recibir educación física.

Esta educación respecto á la mujer de las clases acomodadas, no halla imposibilidad material, pero sí grandes dificultades, que oponen la rutina y la ignorancia, y un cúmulo de preocupaciones que consideran la debilidad física como una parte de las gracias y de los atractivos del sexo. Si una niña que conserva aún el instinto de conservación quiere ejercitar sus músculos con alguna energía, se la reprende diciéndole que esos juegos *son de muchachos*; las niñas han de jugar de modo que no se rompan el vestido (tan fácil de romper), ni se despeinen, etc. Han de pasear como en procesión, andar acompasadamente con los brazos colocados de cierto modo y poco menos rígidos que los de un cadáver. Cuando es ya señorita y no va al colegio, no sale de casa, sino á misa y á paseo, y esto pocas veces, porque no tiene quien la acompañe, porque hay que hacer visitas, recibirlas, prepararse para ir al teatro ó á alguna reunión, dar la lección de piano, estudiarla, concluir una labor para un día determinado, ó una novela prestada que hay que devolver, etc., etc. ¡Y qué paseo! Sale tarde, no va al campo á respirar el aire libre, sino donde hay gente, y cuanto más mejor; no hace apenas ejercicio, y la molesta el calor, el frío, el viento, la lluvia, todo. Va perdiendo el gusto natural de ejercitar las fuerzas, de arrostrar la intemperie, debilitándose y haciéndose completamente sedentaria; así llega á ser madre de hijos más débiles que ella, sus nietos lo serán aún más todavía, y la degeneración es indefectible y visible para cualquiera que observe. Con la inacción física é intelectual se quiere tener buenas madres, y se tienen mujeres que no pueden criar á sus débiles hijos ni saben educarlos.

Muchos defectos físicos é intelectuales de la mujer se han convertido en el ideal de la belleza, al menos para un número de personas que, según todas las apariencias, constituyen una gran mayoría. Los que comprenden la necesidad de la educación física de la mujer y la quieren, tienen que luchar con fuerzas muy superiores en número, pero no deben desalentarse, porque todo progreso empieza con la lucha de pocos contra muchos.

Entre varios medios que pueden ponerse en práctica, hay uno propio de la pedago-

gía, con el concurso de ciencias auxiliares. En las escuelas normales, primero, y después en todas, debería enseñarse á la mujer la importancia de la higiene, siendo una parte esencial de esa higiene el ejercicio ordenado de sus músculos, y acomodándose á las circunstancias, establecer alguna especie de gimnasia.

Lo aprendido en las escuelas sería letra muerta, al menos por mucho tiempo, si fuera de ellas no recibía un apoyo eficaz, con la publicación de libros y de cartillas que generalizaran conocimientos, de que hoy carecen, aun las personas muy ilustradas en otros conceptos.

Para disipar ignorancias, vencer rutinas y contrarrestar hábitos, nada sería tan eficaz como la asociación, que da medios, de que el individuo aislado carece y que, en la resistencia como en el ataque, agrupa las fuerzas y las multiplica.

Debe anotarse, que á tantas causas como conspiran contra la salud y la robustez en las sociedades modernas, hay que añadir, heredada de las antiguas, una muy poderosa: el desprecio, casi el horror del cuerpo como materia vil, de que debía prescindirse en lo posible para no ocuparse más que del alma. Los ascetas no sabían, y muchos que no lo son ignoran hoy, que el mayor enemigo del alma es un cuerpo débil.

Si se ha dicho *mens sana in corpore sano*, bien se dirá «carácter débil en cuerpo enfermizo»; y los trastornos, puede decirse los estragos del histerismo serían tan raros como hoy son frecuentes, si se atendiese á la educación física de la mujer.

INTRODUCCIÓN Á LA PEDAGOGÍA,

por el Prof. honorario Dr. Bernardino Machado,

Catedrático de la Universidad de Coimbra, Senador por el Colegio científico de Portugal.

(Conclusión) (1).

A vida organica viola-se tambem pelo trabalho sobre posse. Em certas pessoas chegam a ser um vicio as elucubrações espirituales: não olham á familia, alheiam-se dos interesses publicos, e tudo esquecem

(1) Véase el número anterior del BOLETIN.

e desprezam para exclusivamente se votar á sua paixão. Pois o violento exercicio mental esfalfa o cerebro, e um signal caracteristico do seu esfalfamento é a aphasia. Os pensadores immoderados véem com o tempo a soffrer da difficuldade de palavra, que não tarda que lhes reverta em difficuldade mesmo de pensar. D'esta correlação entre a contenção de pensamento e a hesitação de palavra deriva talvez a erronea opinião commum de que os melhores oradores não são os espiritos mais reflexivos. Só se não quizerem, por ser preza d'um vicio contrario. Não ha contradicção alguma, antes ha vinculo, entre os talentos do orador e do pensador. Quem possui idéas mais claras e precisas, melhor se exprime; quem tem o dom da palavra, mais facilmente raciocina. Só o excesso faz mal. Depois d'um longo discurso, não ha quem não fique com o cerebro cansado.

Em geral é indispensavel medir todos os exercicios phisicos. Raros são os individuos, que, tendo-se sujeitado por gosto ou necessidade a uma gymnastica athletica ou a um mister extenuante, possam em seguida dedicar-se com proveito ao estudo. Se o excesso cerebral ou muscular se prolonga, apparece o suor, a agitação e por fim a insomnia. E' a razão por que nem sempre se alcança pelo cansaço o somno. Está claro que estes phenomenos offerecem uma grande variedade de graus, d'individuo para individuo, e até no mesmo, que póde e deve procurar robustecer o suo organismo pelo uso regular do trabalho.

Seja qual fôr a paixão agradavel ou desagradavel, os seus arrebatamentos tornam-se devastadores. A respiração dos amantes retarda-se tanto que elles precisam de vez em quando tomar ar profundamente, e suspiram. Em algumas partes corre o proloquio de que a afflicção converte em fel o leite das mães.

Até da vontade é conveniente fazer um emprego tenaz, sim, mas ponderado. Deve-se ser corajoso, affouto, mas não imprudente. A temeridade cega como uma paixão.

Sobretudo nas creanças é que se vê como o estado da alma tem consequencias organicas. O que as entristece e molesta não se lhes darem as explicações que pedem! E o erro repugna-lhes tanto que desatam a

chorar, se alguém lh'o pretende impôr. E' o que nos faz crer que não será nada facil, pelo menos ao principio, educal-as para o mal. Tomem conta porém os paes e os mestres de que tudo ó que lhes adultere a razão, concorrerá para les pôr em risco a mesma vida; e façam por amor d'ellas o sacrificio dos seus preconceitos e fanatismos. As proprias creanças nos movem a examinal-os. Quem lida com ellas sabe como, pondo tudo em questão, nos obrigam a remontar á origem das nossas convicções: para lhes responder temos, por assim dizer, de desmontar todo o nosso mecanismo intellectual.

De certo que é perigoso puxar com força pela infancia. As suas faculdades nascentes perderiam em amplitude o que ganhassem em complicação precoce, e depois o seu proprio desenvolvimento differencial se sustaria sem se completar. Essas faculdades já de per si excedem tanto as condições organicas correlativas da idade! Não ha creança que não pareça um prodigio; e o que a este respeito contam os paes, não é invenção dos seus olhos enamorados: ha para a sua admiração e enlevo um fundo de realidade. Eu tenho visto adultos estupidos; creanças, nenhuma.

E não se acautelle só a intelligencia infantil. A gente nova é do seu natural tão sensível que se requer toda a vigilancia não só para lhe não brotarem sympathias ou antipathias que a inclinem para actos nefastos ao seu phisico e moral, mas ainda para que á sua propria vibração interior se não transforme directamente em desordem organica. Ha creanças tão irrequietas que nem comem quasi. Todas as suas funcções andam um tanto desarranjadas. A vida, producto da instabilidade dos compostos de carbone, é um equilibrio instavel, mas equilibrio; e o que maravilha no organismo é como os seus elementos se crystallizam, embora d'um modo fugaz. Ora esta crystallisação não se compadece com as perturbações da alma. Ninguem se divirta a enfrenesiar ou a assustar as creanças, nem as agitem de continuo com promessas e ameaças! olhem que as adoentam.

Affirma-se hoje de mais que se deve tornar o ensino agradavel. Sim, o prazer é um aperitivo excellento, mas não se abuse d'elle. Pois que para as primeiras edades

tudo é novidade, basta ao mestre ser intelligivel para ser interessante, não lhe é preciso pôr em alvoroço o discipulo. Não se sobreexcitem, acalmem-se os desejos da infancia, inclusivamente o desejo de saber, a curiosidade.

E vigie-se tambem que a sensibilidade não cresça desmarcadamente. Um resultado certo seria despertarse antes de tempo no homem a sexualidade; e, não provindo a força genetica da superabundancia de forças nutritivas, mas ao contrario do seu desfalque, a puberdade está condemnada á impotencia, e esse periodo da vida, tão ardente e sempre pungitivo, tornar-se-ha angustioso. Pela intima relação que existe entre a sensibilidade e a sexualidade, desvie-se a juventude de tudo que, inflammando-lhe as disposições emotivas, lhe daria un florescimento precoce ephemero e a faria passar por uma transição doentia da adolescencia á senectude. Ha conversas e leituras que são irreprehensíveis para adultos, mas improprias de annos menos maduros. E não é sem razão que as familias não levam as filhas cedo ao theatro. Todos os excitantes, ainda inoffensivos á moral, encerram perigo para a saude.

Não se julgue sequer indifferente que as creanças brinquem de mais. Não é só mau que ellas, contrahindo o habito dos prazeres faceis, pretendam fazer de tudo e de todos materia para brinquedos e refujam do minimo trabalho sério que não pague de prompto o premio do esforço que custa, ou o premeie em moeda de quilate mais delicado e difficil d'apreciar; mas tambem o é que ellas se apaixonem tanto pelas suas brincadeiras que excedam o estreito limite das suas forças. E é mistér ter o olhar attento para o vèr, porque todos abafam as suas queixas quando soffrem per culpa sua.

A exhaustão das forças prejudica sobretudo quando ellas são tão precisas, na primavera da vida. Ainda que os exercicios physicos as não dissipem, importa varial-os, aligeiral-os, não os concentrar para que o demasiado endurecimento do organismo não suspenda o seu desenvolvimento. Grande numero de atletas são atarracados. O organismo necessita de ter bastante fluidez para se expandir e crescer. Estão hoje por toda a parte em voga os jogos

inglezes. Sem os discutir por agora, advertirei simplesmente que os não podemos adoptar a esmo, porque nem todos conveem ao nosso clima e ao nosso temperamento. Nisto mesmo devemos nacionalisar. As violencias que aquecem os povos frios do norte e lhes espertam o cerebro, a nós esgotam-nos e apagam-nos. Nós somos feitos para ostentar agilidade e destreza, não violencia.

Ha ainda os mimos, que tanto estragam a creanças. A vontade fórma-se pela lucta com a necessidade. Satisfazendo-se todos os appetites e desejos infantis, a vontade não se extingue; mas, sem a disciplina que a principio só lhe pôde incutir a propria necessidade e sancção das leis naturaes e sociaes, irrompe d'encontro á tudo e a todos, como que em busca da lucta que le negam. Os mimalhos trazem sempre o não na bocca. Dá-se nelles un phenomeno d'inversão da vontade. Está um dia de chuva? choram por não sair. Faz sol? preferem ficar em casa. Offerece-se-lhes a fructa mais saborosa? recusam-na com arremesso. Chamam-se para comer? querem então brincar. Convidam-se ao recreio? querem comer. Succede até que repellem e maltratam as pessoas que os acariciam, e procuram as que les não dão confiança. Felizmente não é por mal. O seu desnor-teamento envolve um esforço da vontade para se recobrar. Acudam-lhes as familias emquanto é tempo.

Merecem um sorriso as creanças que por inexperiencia pedem impossiveis, não só porque o pedido equivale a um appello sympathico, mas ainda por ser esse o meio ingenuo d'ellas irem aprendendo comnosco a demarcar os limites da liberdade humana. Já não nos é licito, porem, achar graça ás que ambicionam impossiveis, precisamente porque o são. Não confundamos a teimosia da insubordinação com o espirito de aventura, tão nosso e fecundo. Lembro-me de certa creança que pretendia com ardor que lhe dessem um cavallo azul, e que nunca mais pensou em tal, desde que viu um pintado effectivamente d'essa côr, com que andavam fazendo reclamo pelas ruas. Comprehende-se que a vontade, destribando-se pelas suas aberrações de todo o ponto d'apoio, balde os esforços que envida e venha a esmorecer; e que toda a motilidade se

resinta gravemente d'esta desordem e enervamento. As creanças mais amimalhadas chegam a perder a capacidade de querer, a não ter senão velleidades de mando, caprichos, e, ao passo que assim enfermam da vontade, apresentam symptomas de lesão nervosa profunda, desarranjos de movimentos, convulsões, frenesis. Algumas teem ataques terriveis de perrice. Juntam-se para as accommetter varias causas de soffrimento. Despoticas e insolentes com as pessoas, descomedidas em tudo, tornam-se em si mesmas amarguradas e combalidas pelas secussões do proprio character e pelos desenganos que a natureza e a sociedade, menos complacentes que as familias, lhes infligem. A modestia e a obediencia recommenda-se simultaneamente pelo seu valor moral e pelo seu valor hygienico.

Não se caia todavia no extremo de comprimir a alma por amor da saude: seria contraproducente.

Nada mais natural do que as creanças quererem mandar: é o que vêem os paes fazer, e é assim que desabrocha á sua personalidade. Um dominio cada vez mais largo d'acção se lhes desdobra interna e externamente. A liberdade não é incompativel com a modestia e com a obediencia, as quaes, para realmente valerem, hão de ser voluntarias. Obedece-se ás pessoas que se respeitam pelo seu saber e pela sua bondade; e é a consciencia exacta das proprias forças o que nos livra da presumpção. A liberdade deve ser encaminhada, não suprimida. Não fazer a vontade ás creanças só pelo proposito de lh'a quebrar é uma barbaridade sem nome. Comprimindo as molas da vida moral, estejam certos de que atrophiam do mesmo golpe a vida organica, porque a vontade é o grande estimulante de systema nervoso.

Ha infelizmente mestres cujo ideal é ter os discipulos submisos, quietos, calados, sem nunca se rirem. Imaginem que supplicio para a gente moça, ávida de discussão, de movimento. O que vale, é que este regimen não dá as mais das vezes peor resultado do que a tortura dos que o empregam. O movimento descongestiona o cerebro, pacifica os sentidos e a imaginação, e, auxiliando o crescimento, prepara uma virilidade sadia e prestante. Levem as creanças ao campo, deixemnas correr, saltar, tre-

par ás arvores, deixem-nas encher-se de ar puro e de impressões novas, deixem-nas ver e falar, pensar; e ellas mesmas virão com equal animação procurar o professor para que lhes explique o que viram e lhes resolva as suas questões. Não as façam acrobatas, mas tão pouco as tornem inertes. Ha uma petulancia juvenil, que se não deve reprimir, porque significa força de vida.

Respeitem-se quanto possivel os legitimos impulsos da alma. Que lastima que faz, por exemplo, ver um rapaz ou uma menina mal vestidos, entrouxados! O vestuario tem de agasalhar o organismo sem incommodar a vida animal, isto é, sem impedir os movimentos e sem dissaber aos sentidos. Não importa só a qualidade da fazenda; estão longe de ser circumstancias insignificantes o pezo, o feitio e o gosto. Com o fato e o calçado pesados, mal feitos e de mau gosto toda a gente fica bisonha, vexada e não perde só em geito e maneiras, em destreza e sociabilidade, amofina-se e rala a saude; e estes effeitos accentuem-se principalmente na adolescencia, quando a sensibilidade e a mobilidade são tão vivas. A economia não justifica tudo. Bem sei que na maior parte das familias os filhos vestem muitas vezes dos paes, e que o seu melhor fato e o seu melhor calçado guardam-se para os dias sanctificados, são para ver a Deus; mas não se imagine que elles crescem e os não gastam, e reuna-se a arte á economia. Durante o crescimento conveem mesmo os trajos amplos, comtanto que não sejam desproporcionados; e nada mais proprio das boas donas de casa do que talharem e acertarem para os pequenos o panno que possam aproveitar das roupas que já lhes não servem a ellas ou a seus maridos. E' isto um lado da educação feminina por que cumpre olhar.

O que digo do vestuario, applica-se tambem á habitação. Uma casa pouco aprazivel nunca é perfeitamente sã. A arrumação, o esmero, um ar d'elegancia, que até pôde ter uma choupana pobre e que pôde não ter o mais luxuoso palacio, fazem parte integrante do conforto. Quando vejo o abuso que se faz das arestas, das superficies planas e dos angulos na construcção dos edificios destinados á infancia, asylos ou collegios, sem que de

parte alguma dos tectos e das paredes brote o mais leve sorriso, d'um florão, d'um painel, eu penso como as pobres creanças se hão de sentir ao desamparo e enregeladas no meio d'essa solemne rigidez, quasi hostil, ellas ainda ha pouco envolvidas e acalentadas nos doces braços das mães, e como a falta do aconchego lhes não desalentará as poucas forças phisicas.

Certas anemias parece derivarem do retardamento de circulação produzido pelo desconsolo do viver. E no emtanto alguns professores são d'uma tão inclemente severidade, tão descaraveis, que não so não proporcionam aos discipulos os meios inoffensivos de prazer, mas nem sequer lhes toleram que os inventem. Contou-me um amigo que esteve doente do espanto terrifico com que saltou na sua cathedra um velho examinador, a quem elle, com oito annos de idade apenas, acabava de entregar a prova escripta do seu exame de instrucção primaria numa folha de papel que lhe fôra grato illustrar á margen com os rabiscos d'uma figura. Já é exigir gravidade!

Ha modos de vida sãos ou doentios, e a influencia da moral sobre o phisico vae dia a dia imprimindo a cada profissão o seu cunho organico. Não é ás vezes nada difficil conjectura-la ao simples aspecto individual. A alma espelha-se no rosto, e não só pelo jogo phisionomico, mas ainda pela propria modelação das feições. A belleza das santas é mais do que a irradiação da virtude, é mesmo uma transfiguração. Qualquier trabalho, seja de que natureza fôr, benefico ou malefico, e seja de que genero fôr, espiritual ou corporal, repercute-se nos nossos orgãos.

Tão intimamente ligadas estão entre si as duas vidas que a acção da alma dos paes sobre o seu organismo se transmite do organismo á alma dos filhos. O instincto representa uma accumulção de heranças.

Herdam-se as disposições para certos officios de preferencia a qualquer outro, isto é, as vocações. Conhecem-se familias de navegantes, de naturalistas, de poetas. Até aos povos parece assistirem capacidades differentes na distribuição das missões sociaes.

Em regra nunca os paes dos grandes ho-

mens foram homens vulgares, por muito que a humildade da sua posição encobrisse o brilho dos seus talentos. Na natureza, como na sociedade, legam-se os titulos de nobreza. Nasce-se fidalgo pelos primores da intelligencia e da sensibilidade, pela naturalidade e gentileza dos modos. E a todos deve ser bem doce pensar, ainda aos mais mal sorteados, que podem pelo trabalho concorrer para o apuramento da sua gente.

Decerto que ás gerações novas não pertence realmente culpa ou gloria pelos actos dos ascendentes, mas soffrem-lhes ou aproveitam-lhes as consequencias. As creanças não nascem boas ou más. O merito e o demerito não são obra da natureza, são-no da liberdade humana. Mas pódem nascer doentes dos maus habitos, dos vicios, com que os paes tenham contraído necessidades organicas anti-sociaes; e, se as não tratarem desde o berço, a muito custo ellas se libertarão das inclinações congenitas, do pecado original, para o cumprimento do dever. Não se é facilmente Socrates, de quem se refere que dizia: «nasci talvez para o mal, mas fiz-me bom.» Aviso a quantos conservam ainda intacto no coração o affecto paternal.

Só não se herda o esforço, que é o que faz o homem verdadeiramente grande. O esforço é de cada um, e póde igualmente envidar-se em todas as situações de fortuna, ádversas ou prosperas. Aos miseraveis, coitados! não lhes faltam difficuldades. E que espectáculo soberbo não é a corajosa resignação dos infelizes! A egreja justamente os canonisa. Aos que mais teem, mais obrigações cabem, e vão-lhes ao longe apparecer tantos obstaculos como os outros topam logo ao pé de si.

Que differença, porém, nos resultados! Não vale mais nem menos o desgraçado ou o ditoso, que vivem dignamente; mas a acção do opulento é muito mais larga e fructifera. Por isso não contemos só com o esforço dos nossos filhos, e sobretudo não lhes semeemos o caminho de abrolhos! Não se criem para o martyrio. E' sempre arriscada a lucta do homem com o mundo; e, se o risco da lucta realça o preço da victoria, não o convertamos comtudo n'um perigo constante e fatal. Admitte-se que abra mão das armas o combatente que está seguro da propria superioridade; quando não,

é rematada loucura. Ha pessoas que se afa- digam e apoquentam por gosto. Pois o ideal da vida não é a heroicidade, é a conquista do bem. Ninguém deixe um beneficio facil por um sacrificio esteril. Tal requinte de abnegação não passa afinal d'uma fôrma de egoismo. Cuidemos de todo o nosso desenvol- vimento, incluindo, é claro, o desenvol- vimento da vontade; mas nem este nos é licito antepôr á pratica do bem.

Subordinando-nos sempre ao dever, re- partamos discretamente os nossos disvellos pela dupla vida, organica e animal. Todo o animal, permitta-se-nos a expressão, con- tem dentro de si uma planta, é o parasita d'uma planta. Por outro lado, os mesmos centros onde a alma se elabora presidem superiormente ás funcções organicas de nutrição e de reproducção. D'aqui a solida- ridade das duas vidas. Ferir uma é com- prometter a outra. Avigoremo-nos harmo- nicamente para que o organismo resista ás violencias do mundo e para que a alma vença todas as solicitações peccaminosas. O homem forte, que attinge este equilibrio, não teme o mal, e o mal quebra-se-lhe quasi sempre aos pés. Succumbirá na luc- ta, mas não morre: a sua acção fica, nella redivive.

ENCICLOPEDIA.

UN PROBLEMA DE DERECHO ARAGONÉS,

por el Prof. D. Joaquín Costa.

(Continuación) (I).

II.

CUESTIÓN DEL DÍA.

El heredamiento universal, ordenado en la forma que se acostumbra, deficiente en la expresión de las condiciones que han de regirlo y limitarlo, sin prever ningún gé- nero de contingencias, sin estatuir proce- dimiento ni sanción, abandonado en su ejercicio á la buena fe de los otorgantes y de los terceros interesados, á las inspira- ciones de la costumbre, indefinida aún, y á la sanción moral de la sociedad, envuelve un peligro harto más trascendental que el que dejo explicado y cuya dolorosa realidad

se viene acreditando por repetidos hechos desde no hace mucho tiempo: tal es el de que el hijo donatario ó heredero, una vez dueño de la nuda propiedad de los bienes, seguro ya de que sus padres no le privarán de ellos, que no los venderán, ni los hipo-otecarán, ni los donarán á otro hijo, emigre á Francia ó á Cataluña para vivir más hol- gadamente y hacer algún ahorro, abomi- nando de las estrecheces del hogar paterno, libre de las inclemencias del cielo y de las sangrías mortales del fisco, lejos de tantas bocas que habría de mantener y que ponen pavor en su ánimo, con los halagos del día festivo en poblaciones crecidas ó mejor dotadas que su triste aldea natal, sin el sobresalto y la obsesión con que le tienen embargados noche y día todos los sentidos el buey ó la mula comprada á plazos, los pagarés del prestamista, las anualidades de dotes, legítimas y recobros, que no se acaban nunca, el pan y la cera de los ani- versarios, las facturas del herrero, herra- dor, zapatero, sastre, comerciante de telas y de ultramarinos, los apremios de toda casta y de todos los grados, el saco de la iguala abierto con precisión automática el primer día de la trilla, aunque no haya nada que trillar, por médicos, veterinarios y farmacéuticos. Él gana tres pesetas; ella, una; son jóvenes, y la paralización por enfermedad es raro accidente: á mal ir, se cuenta á mano con hospital. Los ancianos donantes esperan y resisten, pero su fuerza de resistencia es corta y se agota pronto: piden recursos al ausente, con que conten- tar al acreedor, que insta y amenaza, ó para tapar agujeros, siquiera sea poco, una onza siquiera: el hijo no contesta, ó contesta que todo va muy caro, que lo que gana le viene justo y que vean de arreglarse como puedan. Insisten los padres, requiriéndole á que regrese á la casa para cuidar de ella, y replica que no cuenten con que haga tal locura. Propónenle que renuncie, á fin de nombrar heredero á otro hijo, ó que otorgue poder para enajenar algún trozo de huerto que por ventura tiene pre- tendiente, haciendo valer que están enfer- mos, que no han cosechado nada, que nadie quiere ya prestarles, que tienen em- bargadas las mejores fincas. El donatario calla, ó dice que no renuncia y que tiren por donde quieran, ó conviene en lo del

(2) Véase el número anterior del BOLETIN.

poder, pero á condición de que lo vendan todo — (¡vender patrimonios á esta hora en el Pirineo, donde hay tantas tierras de cultivo yermas y tantas casas cerradas!) — y... le den la mitad del producto de la venta. Alguna vez los padres cortan el nudo que no pueden desatar, valiéndose del agente ejecutivo: se hacen embargar la hacienda, ó una parte de ella, por débitos de la contribución, para que la remate un hermano del heredero ú otra persona allegada. Con infracción de los reglamentos, la subasta se anuncia á toda venta, sin reserva de ningún derecho: como es de presumir, el noble publicano entra á la parte: en ese trasiego se pierde lo mejor: queda disuelto un patrimonio y condenada á morir una familia que traía origen de la Edad Media: se han burlado una multitud de leyes, pero al propio tiempo ha quedado confundida la innoble codicia del hijo ingrato y desnaturalizado, que estaba cometiendo no menos que una estafa en daño de su propia sangre, y que se guardará bien de mover pleito para depurar si pudo ó no pudo el agente del fisco ejecutar otra cosa que el usufructo. Pero no tarda en repetirse la conocida historia de la lucha entre el cañón y la coraza: el heredero previsor envía á un amigo del pueblo, ó á la familia de su mujer, el dinero preciso para que recojan puntualmente los recibos de la contribución, á fin de cerrar esa puerta excusada por donde sus padres ó suegros podrían indirectamente dejar sin efecto la donación. Copio de la realidad: podría estampar á continuación una lista de nombres propios.

El derecho es á modo de una envoltura de la vida, y por eso no le está permitido estacionarse: tiene que acompañarla en todas sus mudanzas, seguir todas sus inflexiones, caminar paralelamente con ella, sin adelantarse ni retrasarse un punto, so pena de perder la cualidad de propulsor para declinar en un estorbo. El heredamiento, hemos dicho, es una institución de carácter patriarcal y sólo cabe allí donde la sociedad conserva ese mismo carácter y en tanto no le pierde. Lo engendró la necesidad y ella lo sostuvo, con todos sus inconvenientes, mientras duró la sencillez de la vida antigua, menos exigente y más desahogada que la actual, y fueron moles-

tas y caras las comunicaciones de provincia á provincia, de nación á nación, y el espíritu de familia siguió siendo bastante vivaz para imponerse al individuo y absorberlo, al extremo de que mirase su jefatura como un honor, casi como un ministerio religioso y como un deber de conciencia. El Estado, ese monstruo de tres cabezas, nación, provincia, municipio, cuyos excesos están pidiendo hace tiempo un nuevo Hércules, no gastaba la mitad de lo que gasta ahora, siendo por ello más llevaderos los tributos; la familia pasaba con menos, no usándose los ruinosos lujos de ahora, que han hecho florecer la industria y agotarse la agricultura; las exigencias en materia de dotes eran más modestas; se ingresaba más, porque se cultivaba más huerta, no habiéndola arrastrado todavía las inundaciones; había más hierbas y bellota y se criaba ganado, que ahora ha desaparecido ante los imprudentes descuajes y talas con que gran parte del suelo arable ha resbalado por los ríos, perdido para la ganadería y para la agricultura, á prolongar los fangales del delta del Ebro: con la dificultad de las comunicaciones, imponía respeto el espacio, que ahora ha quedado poco menos que suprimido: se emigraba poco, al menos á largas distancias y para no volver, y no se ofrecía á diario, como ahora, el espectáculo tentador del convecino que se ausentó al extranjero y juntó un capital y llamó á otro y otros, dándoles trillado el camino; efecto de lo cual, los herederos, en su convivencia con los abuelos, tenían más poder de aguante, sintiéndose poco menos que vinculados á la pila bautismal y adscritos á la casa de sus mayores. Este modo de ser ha cambiado, no todavía, claro está, de un modo radical, pero sí en proporciones muy sensibles; el heredamiento universal, al cual queda aún mucha vida por delante, — que no ha de despoblarse en un día el Pirineo — ha debido acomodarse á las nuevas condiciones de la vida general, y no se ha acomodado: las escrituras de capítulos matrimoniales, que es donde se estatuyen, por punto general, los heredamientos, se redactan aún sobre el mismo patrón de las de hace treinta, cincuenta, cien años. Con haber hecho doctores á los notarios, no se ha vencido el hado que condena al hombre á ser un animal de costumbre.

Ese nuevo estado de cosas, que no es un accidente pasajero, que, al revés, ha de irse acentuando por momentos, exigirá, cuando menos, en las escrituras de heredamiento, una cláusula aproximadamente del siguiente tenor: «Es condición de esta donación que el donatario vivirá constantemente en la casa de los donantes, trabajando en beneficio de ella, á las órdenes de estos ó de sus ulteriores consortes, salvo si fuere relevado por ellos, temporalmente ó á perpetuidad, de tal obligación. Si faltare á esta condición, ausentándose de la casa una ó más veces, por más de tres meses en junto, sin anuencia de dichos señores mayores, quedará nula *ipso jure* la presente donación, y la nuda propiedad se reincorporará con el usufructo en la persona de aquellos, bastando para que el Registro de la Propiedad deba hacerlo constar así, que al solicitarlo el respectivo señor mayor á quien corresponda, acredite por certificado del Juzgado municipal de... que ha demandado de conciliación, en la forma prevenida por la ley de Enjuiciamiento civil, al donatario para que cumpla dicha condición, y que el demandado no ha comparecido, ó que se ha negado á regresar á la casa paterna y trabajar en ella y para ella. Si, por el contrario, se ausentare con acuerdo y consentimiento de los donantes, podrá hacerlo constar en el propio Registro para su seguridad.» Pues bien, las escrituras de heredamiento, petrificadas en el molde de los antiguos formularios, aparentan decir lo contrario. Según vimos, los padres hacen donación de su patrimonio á un hijo no por pura liberalidad, que en tal caso lo dispondrían en testamento, sino para que el hijo donatario los sustente con los frutos que haga producir mediante su trabajo á los bienes donados; por consiguiente, el cultivo de estos por el donatario para sustentarse y sustentar á los donantes, constituye una condición de la donación. Pues lejos de expresarlo claramente así, como debieran, las escrituras de heredamiento, dicen lo siguiente: «Los donantes se reservan el señorío mayor, administración y usufructo de los bienes donados, pero con la obligación de invertir dicho usufructo en sustento propio y en el del donatario, mujer de éste y prole que tuvieren, sanos

y enfermos, con todo lo necesario á la vida humana...» Con esto, el donatario ó heredero que abandona á los donantes sin renunciar á lo donado, podría entender sin gran temeridad que es libre de hacerlo; que por el contrato de heredamiento adquirió únicamente derechos, sin contraer ninguna obligación respecto de los donantes; que quienes se obligaron fueron estos para con él, y que aún les hace favor con ausentarse, pues les releva de la obligación de mantenerlo á él, á su mujer y á sus hijos. Ya veremos que no es así; que esa cláusula tradicional envuelve la condición de residencia y obediencia impuesta al donatario; pero no habría necesidad de inquirir motivos, analizar vocablos y cuestionar acerca de su significado, si los notarios atendiesen la primera de las recomendaciones que les hacen los Reglamentos en materia de redacción de instrumentos públicos sujetos á registro: «Redactarán con claridad y concisión las cláusulas de las escrituras en que se declaren los derechos y las obligaciones de los otorgantes; y si bien procurarán atenerse literalmente á las minutas que estos les entreguen de sus contratos, cuando así lo verifiquen, ó á las instrucciones verbales que les dieren, siempre que notaren en ellas ambigüedad, confusión ó falta de claridad, lo advertirán á los interesados, proponiéndoles la redacción que en su concepto exprese mejor el sentido de lo que se hubiese estipulado.»

Tales son los términos de la cuestión que planteo. ¿Existe en la legislación actual manera ó camino para anular ó revocar tales donaciones sin trámite de juicio?

Llamo de pasada la atención de la Comisión Codificadora del Derecho aragonés sobre este problema; y voy á permitirme, antes de concluir, aventurar algunos juicios por mi cuenta, para que no parezca que rehuyo la dificultad y que la echo entera á los maestros, más por desidia ó pereza intelectual que por incompetencia.

(Concluirá.)

INSTITUCIÓN.

LIBROS RECIBIDOS.

Almeida d'Eça (Vicente M. M. C.)—
Nota sobre os Estabelecimentos de Instrução

naval em Portugal.—Congreso Pedagógico Hispano-Portuguez-Americano. — Lisboa, Imp. Nacional, 1892.—Dos ejemplares.—Don. del Excmo. Sr. D. Bernardino Machado. (2156).

Vellez Caldeira Castel-Branco (João Agnello).—*Nota sobre o Ensino prático de Artilheria Naval.*—Congreso Pedagógico Hispano-Portuguez-Americano.—Lisboa, Imprenta Nacional, 1892.—Dos ejemplares.—Don. de id. (2157).

Castanheira das Neves (J. P.).—*Noticia sobre o Laboratorio de resistencia de Materiales.*—Congreso Pedagógico Hispano-Portuguez-Americano.—Imp. Nacional. 1892.—Don. de id. (2158).

Gonçalves Brandão (Z. N.).—*Escola de Serviço de Torpedos.*—Congreso Pedagógico Hispano-Portuguez-Americano.—Lisboa, Imp. Nacional, 1892.—Dos ejemplares.—Don. de id. (2159).

Nogueira (E. H. X.).—*Organisação é Ensino no Real Collegio Militar.*—Congreso Pedagógico Hispano-Portuguez-Americano.—Lisboa, Imp. Nacional. 1892.—Dos ejemplares.—Don. de id. (2160).

Ministerio de Fomento. Dirección general de Agricultura, Industria y Comercio. Comisión ejecutiva de Estadística Minera.—*Datos Estadísticos de 1887-88.*—Madrid, Imp. de Sordo-Mudos y de ciegos, 1890.—Don. del Excmo. Sr. D. F. de Botella y de Hornos. (2161).

Botella y de Hornos (D. Federico de).—*Mapa Hipsométrico de España y Portugal.*—Madrid, Fernández, 1888-90.—Don. del autor. (2162).

Rodrigues Caminha (Caetano).—*Breve noticia sobre a Escola de alumnos marinheiros de Lisboa.*—Congreso Pedagógico Hispano-Portuguez-Americano.—Lisboa, Imp. Nacional, 1892.—Don. del Excmo. Sr. Don Bernardino Machado. (2163).

Galhardo (João Maria) *Nota sobre a Escola de Officiaes do Arsenal de Marinha.*—Congreso Pedagógico Hispano-Portuguez-Americano.—Lisboa, Imp. Nacional, 1892.—Don. de id. (2164).

Abreu (José Miguel de).—*Apontamientos acerca do ensino do desenho industrial no Porto.*—Congreso Pedagógico Hispano-Portuguez-Americano.—Lisboa, Imp. Nacional, Don. de id. (2165).

Cabral (Paulo Benjamin).—*O ensino da*

Electrotechnia em Portugal.—Congreso Pedagógico Hispano-Portuguez-Americano.—Lisboa, Imp. Nacional, 1892.—Don. de idem (2166).

Ferrugento Gonçalves (Eduardo Augusto).—*Nota sobre o ensino das machinas de vapor maritimas em Portugal.*—Congreso Pedagógico Hispano-Portuguez-Americano.—Lisboa, Imp. Nacional, 1892.—Don. de idem (2167).

Machado (Bernardino).—*Introdução à Pedagogia.*—Congreso Pedagógico Hispano-Portuguez-Americano. Lisboa, Typografía Moderna, 1892.—Don. del autor. (2168).

Figueira (José H.).—*¿Quieres leer? Libro núm. 1.*—Montevideo, Dornaleche y Reyes, 1892.—Dos ejemplares.—Don. del autor. (2169).

Idem.—*Instrucciones para la enseñanza de la lectura elemental y de la ortografía.*—Montevideo, Dornaleche y Reyes, 1892.—Cuatro ejemplares.—Don. de id. (2170).

Idem.—*Los batallones escolares.*—Montevideo, Dornaleche y Reyes, 1892.—Seis ejemplares.—Don. de id. (2171).

Idem.—*Los primitivos habitantes del Uruguay.*—Montevideo, Dornaleche y Reyes, 1892.—Don. de id. (2172).

Ibarra y Rodríguez (Eduardo).—*Don Fernando el Católico y el descubrimiento de América.*—Madrid, Fortanet, 1892.—Don. del autor (2173).

Pedregal (Excmo. Sr. D. Manuel).—*Congreso Jurídico Ibero-Americano. Memoria.*—Madrid, Minuesa, 1892.—Don. del autor (2174).

Ayres de Madureira (Cándido José).—*Alphabeto natural.*—Porto, Silva, 1889.—Don. del autor (2175).

Junta de Escuelas de Artesanos. *Patronato de aprendices. Memoria del curso de 1889-1890.*—Valencia, Vives, 1890.—Don. de la Junta. (2176).

Memoria de la Secretaría de Relaciones exteriores, Justicia, Gracia, Culto y Beneficencia, 1891-92.—San José de Costa-Rica, Tipografía Nacional.—Don. del Gobierno de Costa-Rica (2177).

Pedregal (D. Manuel).—*Estado jurídico y social de los indios.*—Madrid, Suc. de Rivadeneyra, 1892.—Don. del autor (2178).